



REVISTA DE ANTROPOLOGÍA Y ARQUEOLOGÍA

Antípoda. Revista de Antropología y

Arqueología

ISSN: 1900-5407

antipoda@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes

Colombia

TOCANCIPÁ-FALLA, JAIRO

DE INVASIÓN-ASENTAMIENTO A BARRIO, 26 AÑOS DESPUÉS: UNA “MIRADA
RETROSPECTIVA” A LOS CAMBIOS Y CONTINUIDADES URBANAS EN POPAYÁN

Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología, núm. 20, septiembre-diciembre, 2014, pp. 21-47

Universidad de Los Andes

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81432400002>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

DE INVASIÓN-ASENTAMIENTO A BARRIO, 26 AÑOS DESPUÉS: UNA “MIRADA RETROSPECTIVA” A LOS CAMBIOS Y CONTINUIDADES URBANAS EN POPAYÁN*

JAIRO TOCANCIPÁ-FALLA**

jtocancipa@unicauca.edu.co

Universidad del Cauca, Popayán, Colombia.

21

R E S U M E N La investigación antropológica urbana sobre la revisión de experiencias previas en Colombia es escasa. En este artículo se presenta un análisis en retrospectiva de dos momentos de investigación que el autor vivió en un tiempo inicial y otro posterior de más de dos décadas. El estudio de caso es presentado en la llamada periferia de Popayán, más precisamente en la Comuna 7, ubicada en el sur de la ciudad, en lo que hoy se conoce como el barrio Solidaridad y que en el pasado, en el período de fundación, fue conocido como una “invasión”. Aquí se examina el grado de consolidación de ideas como lo organizativo, identidad urbana, y el cambio social desde que el barrio inició, posterior al sismo de 1983, hasta comienzos del siglo XXI. La experiencia presentada constituye un referente vital para destacar la idea de “retornar la mirada” críticamente sobre la vivencia etnográfica lograda en años pasados, al tiempo que permite resaltar la importancia que tiene este tipo de ejercicios etnográficos en diferentes ámbitos.

PALABRAS CLAVE:

Identidad, cambio social, antropología urbana, autorreflexividad, “retornar la mirada”.

DOI: <http://dx.doi.org/10.7440/antipoda20.2014.02>

* Este artículo surgió de la inquietud de “volver la mirada” a una experiencia investigativa inicial y los cambios que se suscitaron en el ámbito urbano más de dos décadas después. El autor agradece a los evaluadores, a la señora Onoria Chamizo y a otros líderes del barrio Solidaridad por sus comentarios y por su amable atención en aceptar una conversación sobre los cambios ocurridos en su vecindario. Igualmente agradece a la ingeniera Carolina Castrillón, quien diseñó y elaboró el mapa de Popayán y sus comunas.

** Ph.D. en Antropología Universidad de Cambridge, Inglaterra.

FROM INVASION-SETTLEMENT TO NEIGHBORHOOD, 26 YEARS LATER: A "RETROSPECTIVE LOOK" AT URBAN CHANGES AND CONTINUITIES IN POPAYÁN

ABSTRACT Urban anthropological research on the review of previous experiences in Colombia is scarce. This paper presents a retrospective analysis of two different moments in the author's research experience: one, in an initial period, and another one, over a period of more than two decades, at a later time. The case study is presented in the periphery of Popayán, more precisely, in Commune 7 in the south of the city, in what is known today as the Solidarity neighborhood, but which was originally considered an "invasion." The article examines the consolidation of ideas such as community organizing, urban identity, and social change from the time the neighborhood first appeared, in the wake of the 1983 earthquake, to the beginning of the 21st century. The experience presented constitutes a vital reference point for highlighting the importance of critically "looking back" on the ethnographic experience of the past, at the same time that it allows us to highlight the importance of this type of ethnographic exercise in different settings.

22

■ KEY WORDS:

Identity, social change, urban anthropology, self- reflexivity, "looking back".

DE INVASÃO-ASSENTAMENTO A BAIRRO, 26 ANOS DEPOIS: UM "OLHAR RETROSPECTIVO" NAS MUDANÇAS E CONTINUIDADES URBANAS EM POPAYÁN

RESUMO A pesquisa antropológica urbana sobre a revisão de experiências prévias na Colômbia é escassa. Neste artigo, apresenta-se uma análise em retrospectiva de dois momentos de pesquisa que o autor viveu num tempo inicial e outro posterior de mais de duas décadas. O estudo de caso é apresentado na periferia de Popayán, mais precisamente na "Comuna 7", localizada no sul da cidade, no que hoje se conhece como o bairro de Solidariedad e que, no passado, no período de fundação, foi conhecido como uma "invasão". Aqui, examina-se o grau de consolidação de ideias como o organizativo, identidade urbana e a mudança social desde que o bairro iniciou, posterior ao sismo de 1983, até o começo do século XXI. A experiência apresentada constitui um referente vital para destacar a ideia de "retornar o olhar" criticamente sobre a vivência etnográfica alcançada em anos passados, ao mesmo tempo em que permite ressaltar a importância que esse tipo de exercícios etnográficos tem em diferentes âmbitos.

PALAVRAS-CHAVE:

Identidade, mudança social, antropologia urbana, autorreflexividade, "retornar o olhar".

DE INVASIÓN-ASENTAMIENTO A BARRIO, 26 AÑOS DESPUÉS: UNA “MIRADA RETROSPECTIVA” A LOS CAMBIOS Y CONTINUIDADES URBANAS EN POPAYÁN

JAIRO TOCANCIPÁ-FALLA

ESTE ARTÍCULO CONSTITUYE UNA reflexión en retrospectiva sobre una experiencia investigativa desarrollada entre 1986-1988 en el entonces asentamiento denominado Solidaridad, hoy barrio Solidaridad, localizado en el sur, en la Comuna 7 de la ciudad de Popayán, capital del departamento del Cauca. El retorno a este barrio después de 26 años constituye un momento excepcional para ilustrar los procesos organizativos, de identidad y cambio que han sucedido desde el proceso inicial de reconfiguración urbana a comienzos de los 1980. Solidaridad surgió a raíz del sismo que afectó a la ciudad colonial en 1983 y que inicialmente junto a otros 26 asentamientos configuraron la nueva fisonomía urbana. En aquel entonces, la disposición urbana estaba planteada en el esquema “centro-histórico/periferia-asentamientos”, modelo que todavía mantiene su estereotipo de ciudad colonial a partir de su arquitectura y pasado histórico, que han servido al tiempo para mantener el dinamismo turístico que caracteriza a este tipo de ciudad. Es de anotar que la política urbana antes del sismo de 1983, si es que se puede denominar de esta manera para una ciudad atada al pasado colonial, aparece sólo después de la creación ese año de la Corporación para la Reconstrucción del Cauca (CRC), y aunque tuvo una orientación centrada en la “reconstrucción del centro urbano”, se presenta como un intento inicial por tratar de incidir en el ordenamiento urbano de la nueva configuración territorial (Gros, s. f.). En décadas sucesivas, dicha política se orientará hacia la planificación, la descentralización y el aprovechamiento de los recursos de manera sostenible y equitativa, criterios fundamentados en la nueva Constitución de 1991 y en políticas internacionales que abogan por su implementación (*cfr.* Salazar, 2012).

Para ilustrar estos aspectos de permanencia y cambio, el artículo aborda en una primera sección cómo el estereotipo de “Ciudad Blanca” se sigue conservando para ciertos propósitos mientras aparecen cambios en la estructura

poblacional y urbana de la ciudad que se reflejan en nuevas valoraciones simbólicas del espacio que impactan la imagen de ciudad colonial. Para entrar más en detalle sobre los cambios estructurales en la ciudad, en una segunda sección nos enfocamos en el caso de Solidaridad, donde ya se cuenta con un registro previo de una investigación etnográfica realizada en la década de los 1980, justo cuando criterios como descentralización y planificación territorial empiezan a tener un valor importante al nivel de política urbana. Esta exploración se centra en la identificación de aquellos aspectos que han permanecido y aquellos que han surgido desde la creación del barrio, ya hace casi tres décadas. El ganar el *estatus* de barrio e integrarse en la dinámica de la ciudad treinta años después corresponden a procesos de identidad, cambio, conflicto y migración campo-ciudad que siguen ocurriendo hoy como en cualquier ciudad del país, y seguramente de América Latina. Sin embargo, lo singular de esta experiencia etnográfica es que las familias se han desplazado en su mayoría, mientras que las que quedan se han ido adaptando a las condiciones y al ritmo que la misma ciudad impone; situación que revela temáticas de identidad barrial, el conflicto y el “rebusque”. Por último, en la tercera sección se revisa la manera como el antropólogo también se ve sujeto a cambios profesionales, políticos y personales que implican otras miradas sobre el contexto social y político; y el desarrollo de estrategias metodológicas que todavía ameritan un análisis más detenido. Concluimos que “la mirada retrospectiva” puede contribuir a una validación o invalidación de los resultados de investigaciones previas, y que el papel de los actores sociales puede también contribuir significativamente a los esquemas analíticos e interpretativos de los problemas planteados.

ESTEREOTIPOS DE CIUDAD(ES) Y CAMBIOS EN LAS REPRESENTACIONES SOCIALES

Muchas ciudades en el país han sido objeto de calificativos o tipificaciones que expresan cierto espíritu o condición que las identifica: la “Ciudad Bam-buquera” (Neiva), la “Ciudad de los Parques” (Bucaramanga), la “Ciudad de la Eterna Primavera” (Medellín) y, por supuesto, la “Ciudad Blanca” (Popayán). Estos ejemplos, como otros tantos, no sólo en Colombia sino también en otras latitudes, sugieren, en cierta manera, un modo o estilo de representar la realidad social de los centros urbanos. Esta forma de *economía lingüística*, coincide con la noción de “estereotipo”¹ que en muchos contextos

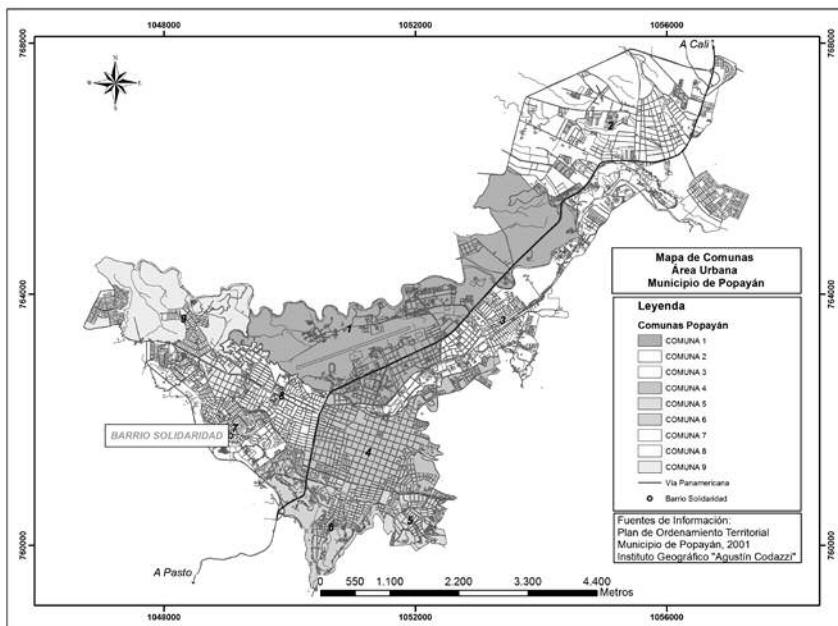
¹ En términos de Jones y Colman (1996: 843; mi traducción), los estereotipos son definidos como “generalizaciones sobre simplificadas y relativamente fijas acerca de grupos o clases de personas”, y que de alguna manera son empleados para economizar cierta representación de la realidad social a la cual referimos.

y situaciones se emplea como moneda corriente para caracterizar o tipificar algo (objeto) o a alguien (sujeto), resaltando sus cualidades físicas, psicológicas o sociológicas. Sin embargo, debe reconocerse que los estereotipos son creados, manipulados y orientados con el fin de consolidar una opinión o generar una expectativa sobre una realidad que se nos presenta inestable o neutra. En este orden, la creación de estereotipos puede ser fruto de distintos grupos sociales, desde el transeúnte de la calle, los grupos religiosos, estudiantes y académicos hasta los grupos de poder y élites, quienes también apuestan a estas formas de representación social.

El distintivo de “Ciudad Blanca”, apelativo aplicado a Popayán por su centro histórico y colonial, es un ejemplo de una forma de estereotipo que se ha divulgado ampliamente, no sólo en la región, sino también en los ámbitos nacional e internacional. Este apelativo, sin embargo, se vio afectado a partir del sismo de 1983, cuando los cimientos del centro y buena parte de la ciudad fueron socavados y estremecidos. El efecto de este evento natural puso así al descubierto otra “ciudad”, o lo que el sociólogo Víctor Otero llamó hace más de treinta años la “otra Popayán”. De acuerdo con este autor, es otra ciudad “marginal”, un “Popayán ajeno y extraño al mundo estereotipado de la leyenda, un Popayán que carece de fachadas, una ciudad agazapada en medio del lodo, el abandono y el olvido”(Otero, 1984: 5A, citado en Tocancipá-Falla, 1988). Esta “otra Popayán” que refiere a una “ciudad escondida” fue representada inicialmente por 24 asentamientos que surgieron en el período posterremoto, y que luego, en cinco años, aumentaron a 44. Buena parte de la dinámica expansiva de la ciudad en décadas subsiguientes partió de esta primera fase expansiva posterremoto.

Estos primeros asentamientos se organizaron en las márgenes de la ciudad, especialmente en los sectores occidental, norte y sur (ver el mapa 1); la mayoría de ellos fueron caracterizados por los medios como “invasiones” u “ocupaciones ilegales”, pero con el tiempo se fueron incorporando institucionalmente como barrios urbanos en el tejido social, económico y político de la ciudad. A pesar del cambio urbano que Popayán ha presentado durante el período posterremoto, la ciudad todavía conserva el estereotipo de “Ciudad Blanca”, esta vez ya como parte de una estrategia turística todavía asociada, como ha ocurrido históricamente, con la actividad de la Semana Santa, la cual se celebra desde hace 458 años (a 2014). A este calificativo también se ha añadido en otros ámbitos como el académico el apelativo de “Ciudad del Conocimiento”, por la presencia misma de la Universidad del Cauca (187 años, a 2014), y la simbología de lo “blanco” que se aprecia en el centro histórico colonial.

Mapa. Popayán, por comunas



Fuente: Popayán (2002).

La presencia de nuevos barrios y asentamientos después del terremoto generó, sin embargo, reacciones de distinta índole, entre ellas aquella que cuestionaba y fustigaba la expansión de la ciudad a manos de “desconocidos” y “recién llegados”: “ya Popayán no es la misma. Esto se dañó después del terremoto, porque vino gente de otros lados y la gente propia de aquí ya se fue, la mayoría” (entrevista anónima a un popayanejo, julio de 2003). La idea de “nosotros” (los locales) y “ellos” (los recién llegados) se vuelve recurrente, especialmente en contextos de crisis². Pero toda crisis acarrea oportunidades, y en la lectura de muchos “locales”³, los que llegaron fue-

- 2 Este contraste de “ellos” y “nosotros” también se hizo evidente hace pocos años con respecto a Cali, capital del departamento del Valle, cuando el narcotráfico se “tomó” la ciudad. Un amigo caleño me refirió en aquel entonces que los verdaderos “traquetos” o narcotraficantes no eran de allí sino que venían de otras ciudades.
- 3 La idea de “local” es problemática, por cuanto muchas familias todavía sostienen relaciones sociales y de parentesco con grupos sociales de otras partes, por fuera de Popayán. De hecho, muchas personas que se dicen “nativas”, cuando se les interroga más en profundidad sobre sus orígenes y procedencia refieren a lugares por fuera de la ciudad, bien sea rurales o de otros departamentos. Usamos entonces el entrecerrillado para indicar que la referencia a una pertenencia “pura y noble” a un lugar específico es problemática y que su uso es más bien político e ideológico, tema que amerita una reflexión más detenida y consistente.

ron unos “oportunistas”⁴. Esta lectura generalizadora que adquiere tintes de estereotipo fue empleada muchas veces por las autoridades o los representantes de grupos de poder para descalificar la toma de tierras en la periferia de la ciudad; apreciación que, frente a una situación difícil, también produjo reacciones contradictorias como el aval que dio el entonces presidente de la República, Belisario Betancur, sobre la ocupación de las tierras después de sucedido el terremoto de 1983 (*cfr. infra*).

El problema del “nosotros” y el “ellos” surge entonces como una relación conflictiva en la que “el encuentro” de unos con otros, provocado por la crisis, posibilitó la creación de dispositivos de defensa y argumentación frente a la presencia de los “extraños”. Pero si bien esta relación conflictiva se produce a partir de un fenómeno natural, no es menos cierto que los conflictos y diferencias sociales acentuados en lo que es ser “patojo”, “local” o “nativo” sólo emergieron en “la Ciudad Blanca” después del terremoto. Este aspecto ya había sido planteado hace más de cinco décadas por el antropólogo estadounidense A. H. Whiteford en su estudio comparativo ya clásico de la antropología urbana, *Popayán y Querétaro* (ciudad mexicana), al referirse al ser “patojo” o “popayanejo típico”: “dentro de la heterogeneidad y complejidad de una ciudad no se encuentra un ‘popayanejo típico’ o ‘un querétano típico’” (Whiteford, 1963: 20). El “nosotros” y el “ellos” siguen siendo dispositivos políticos e ideológicos que no solamente se presentan en contextos de crisis sino que están en permanente exposición. De cualquier manera, los estereotipos de los “lugareños”, en los que mediante una economía del lenguaje se busca simplificar o generalizar sobre una realidad que se nos presenta inexplicable o incomprendida, son recurrentes en muchos grupos sociales y ciudades de distinta naturaleza (ver un caso similar para Bogotá en Dimas, 2006).

Desplazándonos a contracorriente sobre los estereotipos de ciudad y de pertenencia pura a un territorio, se podría afirmar que en las últimas décadas Popayán se ha sostenido en un sistema abierto de llegada y permanencia de pobladores de distintas latitudes del departamento y del país que, a través del tiempo, han ganado cierto sentido de identificación social con la ciudad; proceso que se logra a través de la vida social de la barriada. El crecimiento urbano en las últimas décadas a partir de los barrios atestigua este crecimiento cualitativo de la vida social de la ciudad que también se nutre de la formación social y cultural de los “recién llegados” (ver las tablas 1 y 2). Si bien este crecimiento urbano y poblacional trajo sus consecuencias en distintos órdenes, es razonable plantear que esta presencia también ha contribuido en múltiples formas a la vida social de la ciudad.

4 Lo que es oportunismo para unos puede ser entendido de manera distinta por otros. No se puede negar que la ocupación de tierras fue “aprovechada” por algunos que ya tenían propiedades en otros lugares; sin embargo, y tomando el caso de varios asentamientos, éste me fundamento en un archivo que recibí hace años- no fue el caso generalizado, y en medio de los oportunistas, muchas familias encontraron una verdadera posibilidad de lograr un espacio donde habitar.

Tabla 1. Comunas y barrios de Popayán, a 2013

Comuna Nº.	Nº. de Barrios	%
1	26	11,5
2	41	18,3
3	32	14,3
4	28	12,5
5	15	6,6
6	28	12,5
7*	26	11,5
8	17	7,5
9	12	5,3
Total	225	100

28

*Nota: en esta comuna se encuentra Solidaridad. De acuerdo con Onoria, esta comuna está integrada por 42 barrios, y no 26, como aparece en estas estadísticas de 2002.

Fuente: elaboración propia basada en el POT (Popayán, 2002).

En lo urbano, la mayor expansión se dio hacia el norte, siguiendo el eje de la vía Panamericana, y hacia el suroriente y suroccidente, respectivamente. Así, antes de 1983, Popayán pasó de contar con un poco menos de un centenar de barrios a 225 barrios y asentamientos, en 2005 (ver la tabla 1).

Tabla 2. Población de Popayán (cabecera municipal) en el período 1964-2005, según censos e información institucional

Año	Nº. de habitantes
1964	58.500
1973*	77.669
1985	140.839
1993	175.216
2005	239.087
2013	272.720

*Nota: muchos de estos datos estadísticos son inconsistentes al nivel institucional, especialmente para los años 1973, 1985, 1993 (comparar estadísticas, por ejemplo, en Tocancipá-Falla, 1988; Solarte y Ramos, 2007)

Fuentes: POT, Popayán (2002), Dane (2005), Solarte y Ramos (2007), Tocancipá-Falla (1988).

Todas estas consideraciones de tipo cuantitativo permiten contextualizar la existencia de un reconocimiento creciente sobre la manera como la ciudad se ha venido transformando socialmente, tomando otro “aire”, otra dinámica; y que, a pesar de contar con el peso de la tradición local de ciudad, todavía deja entrever otras realidades, otras presencias que antaño fueron menos notorias⁵. En lo que sigue, y a partir de la memoria y la autorreflexión de mi experiencia lograda hace más de 26 años, se examinan e interpretan algunos cambios y estabilidades presentes en lo que hoy es un barrio de Popayán, y que hace más de veinte años inició su proceso de adaptación e inserción en el tejido urbano de la ciudad. Aunque el caso es referido al hoy como barrio Solidaridad, es posible que a partir de este caso se puedan extender algunas conclusiones hacia otros barrios vecinos que comparten una historia común a partir del período conocido como posterremoto.

CONTINUIDAD Y DISCONTINUIDAD URBANA: 26 AÑOS DESPUÉS

A raíz de la conmemoración de los treinta años de ocurrido el terremoto en Popayán, en 1983, vino a la memoria un conjunto de vivencias y reflexiones sobre la experiencia alcanzada en el barrio Solidaridad. Había desarrollado mi trabajo de pregrado en Antropología entre 1987 y 1988 en lo que en ese entonces se llamaba una invasión-asesentamiento (Tocancipá-Falla, 1988). La sola idea de volver a visitar el lugar donde alcancé una de mis primeras experiencias profesionales e investigativas me causó una gran curiosidad y ansiedad por conocer los cambios y permanencias presentes en un período de 26 años. Debo referir que, a pesar de permanecer en la ciudad en años pasados, no se me había ocurrido “retornar la mirada” al barrio, por distintas razones. Aun cuando eventualmente en varias ocasiones me había encontrado con moradores del barrio que trabajan en el mercado informal y que me anticipaban algunas noticias sobre el mismo, los intereses y compromisos personales no me habían permitido un “retorno al lugar”. La ocasión para pensar la ciudad me llevó entonces a realizar algunas visitas al barrio después de un largo período de “ausencia”.

En marzo de 2012 tomé la iniciativa de volver a Solidaridad, con el fin de contactar a viejas amistades y líderes, y así, conocer qué había sucedido después de tanto tiempo. El punto de referencia en términos urbanos seguía

5 Este reconocimiento ya aparece en textos compilados como el de *Visiones alternativas del patrimonio local* de Salvador Hernández Latorre y Zamira Díaz López (2003), el cual, a pesar de la calidad de muchas de sus contribuciones, apenas deja anunciar mucho terreno para indagar en profundidad sobre esas “visiones alternativas”.

siendo Tomás Cipriano, un barrio ya reconocido de antaño en Popayán y que fue creado en los 1960. Desde 2002, este sector de la ciudad estaba cartografiado como la Comuna 7, localizada en el suroccidente de la ciudad (ver Popayán, 2002). A finales de los 1980, el desplazamiento se hacía tomando un bus que indicaba en su tablero de ruta los barrios del sector. El volver a tomar el cauce en esta ruta no fue difícil, aunque el medio de transporte cambió apreciablemente. Ahora se hace en busetas y microbuses que disponen en sus tableros nuevos nombres, y en consecuencia, nuevos recorridos. Esto me permitió, a medida que avanzaba en la buseta, ir conociendo también los cambios urbanos representados en estos nuevos barrios, espacios y trayectorias. La sensación de viajar en el espacio-tiempo fue agradable y, sobre todo, llena de expectativas. La memoria registrada en el diario de campo de viajar en un bus en una mañana de 1987 –acompañando a mujeres que retornaban a sus hogares con sus canastos llenos de productos comprados en el mercado, o luego de hacer “diligencias” en el centro u otros lugares de la ciudad– cambiaba por la escena de ir en una buseta, también en una mañana cualquiera, que comprendía un espacio más reducido pero igual, acompañado más de mujeres que de hombres. Al tomar el bus o buseta en la vía Panamericana, que atraviesa Popayán de sur a norte, empecé a notar uno de los cambios más destacados en uno de los sectores comerciales más notables de la ciudad, la galería de La Esmeralda. Como en el pasado, se trata de un centro comercial y de acopio de productos agropecuarios que, en este último caso, era surtido por campesinos que llevaban sus productos agrícolas los viernes, día principal de mercado⁶. Éste es el punto de inflexión en el que, por su posición estratégica, confluyen habitantes de varios barrios y comunas, pero especialmente de las comunas 1, 5, 6, 7, 8, 9 (ver el mapa 1). Esta área es muy congestionada, y el tráfico de buses (hoy día en menor número que en los 1980), busetas y microbuses indica la densidad de poblamiento hacia estos sectores de la ciudad. Una vez la buseta cruza el área comercial, se dirige en dirección occidente hasta alcanzar la base de una pequeña colina. En esta parte se localiza el barrio Retiro Bajo, y en la “falda” de la colina, hacia la margen derecha y siguiendo la ruta del bus/buseta, se ubica el barrio Tomás Cipriano. Al otro lado de

6 En Popayán existen tres galerías principales de venta de productos agrícolas: la galería del barrio Bolívar, ubicada cerca del centro de la ciudad; la galería de la calle 13, ubicada hacia el sector sur, y la de La Esmeralda, ubicada sobre el eje de la vía Panamericana, y también ubicada en el sur de la ciudad. En cada una de ellas, los campesinos procedentes de municipios y departamentos vecinos a la capital y el departamento del Cauca traen sus productos agrícolas. En años recientes han surgido galerías y centros diversos de venta de productos agrícolas, como los de Las Palmas y Los Hoyos.

esta colina se ubican los barrios que surgieron a raíz del sismo de 1983. A medida que la buseta avanzaba, recordé que al llegar a la cima de la cuesta que llevaba a los confines de este barrio se anunciable el tiempo de bajarse, como si se quisiese entrar en otro mundo.

El hábito de visitar el barrio con frecuencia en el pasado traía consigo cierto conocimiento del espacio. Esta vez, sin embargo, la memoria no fue muy consistente, y, pensando que ya había llegado a Solidaridad, me bajé mucho antes de la llegada al mismo, donde la buseta hacía un giro hacia el barrio vecino del Mirador. La impresión que tuve fue como la primera visita realizada en el pasado, hacía 26 años: ansiedad e incertidumbre de acercarme a un lugar que apenas conocía en el mapa. La imagen de estar cerca del lugar, sin embargo, fue y no fue la misma. Todavía a la margen izquierda, y siguiendo la ruta del bus que bordea el barrio Tomás Cipriano, continuaban las viviendas y alguna entrada nueva para vehículos, tal como se observó en 1987. En esta época, el contraste del paisaje urbano que observaba era como estar entre un barrio tradicional localizado en la cima y que contaba con los servicios públicos básicos, calles asfaltadas y vías de acceso básicas; y al frente, al otro lado de la cima, un conjunto de “ranchos”, como los llamaban, y sitios de habitación provisionales; sin alguna configuración urbana, calles escarpadas y sin ninguna intervención en cuanto a servicios, que indicaban que se trataba de “una invasión”, como la llamaban muchos (Tocancipá-Falla, 1988).

Esta vez, 26 años después, la discontinuidad urbana aparecía como una continuidad en la que el tejido urbano aparecía con una “trama” similar, tipificada esta vez por la unidad paisajística de los barrios que aparecían en la escena. La continuidad de esta “trama” se expresó en un conjunto de casas con materiales de construcción más estables; calles pavimentadas, tendidos de redes de energía, placas en la parte superior de las viviendas que revelaban direcciones (e.g., cra 25 calle 17), viviendas en proceso de construcción (¿o remodelación?), negocios de tiendas pequeñas al frente de la vía con servicios de internet y de venta de minutos a celulares; tiendas con surtido variado y talleres de muebles que los exhibían en la acera, por mencionar algunos detalles del lugar. Frente al pasado, y más allá de las condiciones materiales, se manifestaban el dinamismo en la actividad comercial, el movimiento de personas en el barrio, el tráfico de vehículos, motos y busetas entrando y saliendo de la vía que rodea a Tomás Cipriano y desviándose hacia los barrios vecinos, etcétera. Frente a esta continuidad del paisaje urbano (ver la foto 1), la expectativa principal era conocer en detalle qué había ocurrido en la vida social de Solidaridad en los últimos 26 años.

Foto 1. Barrio Solidaridad



Fuente: Jairo Tocancipá-Falla, 1988.

ASENTAMIENTO SOLIDARIDAD 2007: LA IDENTIDAD SOCIAL DE UN BARRIO DE POPAYÁN

32

Una vez en el barrio, caminé por la vía principal, me dirigi al Salón Comunal, que queda a sólo 100 metros de la entrada del barrio. Allí observé movimiento, donde se encontraba un grupo de mujeres reunidas alrededor de sacos y cajas, de lo que parecían ser productos agrícolas. Procedí a contactar algunos amigos y líderes conocidos de antaño. Intenté averiguar por dos de ellos, pero sólo recibí un gesto de encogimiento de hombros y desconocimiento. Cerca de allí, avergüé entonces por el nombre del presidente de la Junta de Acción Comunal y su lugar de residencia, y me indicaron que se trataba de una mujer, doña Onoria Chamizo, quien habita a uno 20 metros de allí. Me acerqué hasta su casa, y la presencia de un perro en la entrada de su vivienda me impidió golpear en la puerta metálica de una casa construida en ladrillo, sin repellar, y techo en Eternit. Opté por llamarla dirigiendo mi voz hacia una de las ventanas, donde se podía apreciar lo que parecía ser la sala. Un señor salió de la casa a mi encuentro y me dijo que esperara un poco y que muy pronto me atendería. Enseguida me encontré con una mujer de estatura baja, tez morena, maciza, a quien me presenté mencionándole el objetivo de mi visita. Dado que ella estaba ocupada, aceptó amablemente una entrevista para el día siguiente. Avanzamos en algunas ideas sobre el objetivo de la visita, de manera específica sobre los cambios sustanciales y las cosas que siguieron en el barrio en los últimos años. Me señaló, por ejemplo, que aproximadamente un 10% de los antiguos fundadores todavía

vivían allí, mientras que el 90% de los que allí habitan habían llegado en los últimos años; otros habían fallecido y otros se habían ido del barrio por múltiples circunstancias. Pregunté por la “bloquera” y la “huerta escolar”, dos sitios donde en el pasado se habían desarrollado actividades comunales relacionadas con un programa de vivienda y una escuela llamada “Semillero de Libertad”. Estos sitios ya no existen, pues eran espacios que habían sido “invadidos”; comentarios preliminares que despertaron en mí una gran curiosidad e interés por conocer los detalles de tales cambios.

Al día siguiente regresé, y con Onoria nos dispusimos a charlar en el Salón Comunal, que queda hacia la calle principal, enfrente de un pequeño parque que se toma como el centro del barrio. Justo al frente se encuentran la escuelita “Semillero de Libertad” y un lote que se presume será destinado para construir la iglesia de los católicos. El lote, a diferencia de los otros espacios “invadidos”, permanece todavía allí como hace 26 años. Nuestra conversación giró alrededor de varios tópicos, que empezó con la fundación del barrio y los cambios que se suscitaron con posterioridad al sismo de 1983.

33

“SOLIDARIDAD”: EL CONFLICTO Y LA IDENTIDAD DE SER SOLIDARIOS

Un hecho característico de Solidaridad en sus albores era que sus habitantes no procedían de un lugar común. Esta diversidad de procedencias, sin embargo, no significó una ausencia de valores sociales comunes que los asociaban: sentido de reciprocidad, nexos con lo rural, importancia de lo colectivo como proceso de adaptación, afiliación religiosa católica, etcétera. Es claro que el proceso interno que vivieron los habitantes a su llegada fue de incertidumbre inicialmente, para luego dar paso a un sentido de colectividad y solidaridad que la situación demandaba. El hecho de que muchos de ellos procedieran del sector rural o tuvieran un vínculo con éste fue determinante, al tiempo que la importancia de disponer de una territorialidad –demarcación también vital en el ámbito rural– también marcó diferencias de apropiación, y, en consecuencia, no exentas de conflictos.

Originalmente, el barrio se denominó “Belisario Betancur” pero posteriormente su nombre fue cambiado:

Aferrados a la valiosa “autorización” que dio el Presidente de la República en la toma de los terrenos, deciden llamar a la misma “Belisario Betancur”, pero es dejado ante el hecho de que otro asentamiento ya lo había tomado. Aparece así el nombre de Solidaridad para indicar la ayuda mutua y la colaboración que implicó afrontar momentos difíciles. (Tocancipá-Falla, 1988: 43)

Si bien las ideas de solidaridad, ayuda mutua y colaboración aparecen como características que empezaron a identificar el barrio, esta tipificación no implicó la ausencia de conflictos. De hecho, desde las ocupaciones de los terrenos, los conflictos por la apropiación y la defensa del espacio estuvieron presentes. Veintiséis años después, estas relaciones de solidaridad y conflicto todavía siguen presentes en el barrio. Doña Onoria me contó que a comienzos del milenio, 2002, por ejemplo, las áreas de “la bloquera y la huerta escolar” fueron invadidas por desplazados, dando origen a asentamientos conocidos como “Solidaridad II” y “Lisboa”, con unos 25 y 18 “ranchos”, respectivamente. Esta nueva presencia generó conflicto en la comunidad, por cuanto se consideraba que no había razón para tal invasión, pues no había ocurrido catástrofe alguna. Si bien la Policía lograba expulsarlos, los “invasores” persistían y retornaban a los lotes. Luego, a través de reuniones se fue llegando a acuerdos con la Junta de Acción Comunal del barrio. Al respecto, Onoria señala que si bien existe mucha gente que verdaderamente lo necesita, también existen personas que aprovechan la oportunidad para hacer negocios⁷, tal como aconteció hace 26 años.

Existen también contradicciones y conflictos en el barrio que ya tienen una base ideológica-religiosa. Ahora, en barrios vecinos, y eventualmente algunos habitantes del mismo barrio, hay simpatizantes de nuevas sectas religiosas como los cristianos, mormones y testigos de Jehová. En el pasado, es decir, después del sismo de 1983, la tensión se dio entre católicos y pentecostales/ evangélicos, estos últimos renuentes a participar en actividades comunitarias como la construcción del Salón Comunal. Hoy, todavía las tensiones persisten cuando los evangélicos les recriminan a los católicos el no saber “la verdad”. Las diferencias ideológicas sobre las convicciones de tipo religioso todavía persisten en Solidaridad, y los pobladores se dividen las predilecciones por las dos iglesias que se promueven en su interior. Como en el pasado, los católicos y pentecostales siguen constituyendo las dos iglesias más importantes en el barrio. En lo político, el panorama también se encuentra dividido. Los llamados políticos tradicionales han persistido, y si bien esta incidencia no era tan fuerte con posterioridad al sismo de 1983, 26 años después pareciera que el barrio se hubiera involucrado con mayor intensidad en la dinámica del juego político, en

⁷ Es claro que esta apreciación es más indicativa que basada en datos estadísticos específicos, los cuales fueron difíciles de obtener, por la naturaleza del interrogante. Con todo, lo que interesa mostrar es una condición de oportunidad que se sumó a muchas de las que dispusieron los pobladores en cuanto a empleo y adaptación y readaptación, en términos urbanos.

la que nombres conocidos en la agenda política regional aparecen asociados con líderes locales. En el pasado, las “organizaciones de base” buscaban reivindicar los derechos de los “invasores”, o los que habían tomado posesión de los lotes aparecían como una fuerza amenazante a la clase política y pudiente de la ciudad; de hecho, algunos de ellos eran dueños de los lotes invadidos. Así, mientras que en el pasado los asentamientos de Popayán se agrupaban en la Coordinadora de Asentamientos, hoy la división política se encuentra más integrada en el sistema urbano, a través de las comunas y las Juntas Administradoras Locales (JAL), que se encuentran más influenciadas por las fuerzas políticas actuales. Distintos programas sociales (vivienda⁸, programa de desayunos infantiles, etcétera) y servicios públicos han sido logrados a través de las gestiones de líderes de la Junta de Acción Comunal y otros líderes del barrio, en general. Pero más allá de contarse con una unidad política en cuanto a simpatías y afiliación a un partido en particular, lo que existe es una variedad de simpatías, afiliaciones e intereses con distintos grupos de este orden.

Con relación a los barrios vecinos, en el pasado, y por las circunstancias del sismo de 1983, los pobladores de Solidaridad recibieron apoyo de algunos pobladores del barrio vecino de Tomás Cipriano, quienes colaboraron con el suministro de agua y permitiéndoles “colgarse” del sistema de energía. Con el paso del tiempo, las relaciones vecinales se han ido transformando y definiendo aún más. Un hecho reciente referido por Onoria así lo confirma. Hasta hace unos meses, los vecinos de Tomás Cipriano de la parte alta “bajaban” al barrio a dejar la basura enfrente del barrio de manera irregular, a sabiendas de que el vehículo que pasaba a recogerla lo hacía cada dos días. Al dejar la basura con antelación, causaban problemas, ya que los perros hurgaban en las bolsas y esparcían su contenido produciendo malos olores y una mala impresión del vecindario. “Todavía algunos pensaban que seguíamos siendo asentamiento o invasión, y nos dejaban la basura ahí no más. Nos tocó hacer una visita a las viviendas de arriba y explicarles que no nos tiraran la basura. Así, a través de un trabajo de concientización fueron cambiando de actitud” (Onoria Chamizo, marzo de 2012). Podría afirmarse que la relación solidaridad-conflicto ha sido característica del barrio, tanto en su interior como en relación con sus barrios vecinos; proceso que se puede apreciar en un lapso de tiempo considerable. Pero las relaciones pueden también transitar del conflicto a la solidaridad. Onoria, por ejemplo, cuenta cómo hace unos años ella tuvo conflictos como líder con personas del barrio vecino de “Laura Simmonds”, por un malentendido que se dio sobre la visita de la fuerza pública para

⁸ De acuerdo con la presidenta de la Junta, en Solidaridad existen 492 viviendas, de las cuales todavía existen 25 “ranchitos” que todavía no se han terminado.

desalojarlos. Después de aclarar los hechos, ellos(as) entendieron la situación y ya hoy existen unas buenas relaciones con este barrio, al que ya se le ha prestado el Salón Comunal para realizar eventos, tales como funerales.

En síntesis, esta breve reseña de Solidaridad después de 26 años muestra que el sentido solidario, en su calificativo de adjetivo, sigue manteniéndose, aunque esto no significa que el barrio esté libre de conflictos y tensiones en su interior; una condición que es común a muchas comunidades urbanas y no urbanas. Estos conflictos o tensiones, sin embargo, no son insolubles o inestables, y, por el contrario, a través de distintas acciones de los líderes y de sus pobladores, son abordados hasta lograr resolverlos. Otras veces, por ejemplo, tales tensiones se mantienen como resultado normal de la presencia de grupos religiosos de distinta índole. Es decir, se logra convivir con la diferencia social. En otro orden, existe otra tensión que padece la mayoría de los pobladores, y refiere a cómo se sobrevive en un entorno urbano que se hace más difícil por su naturaleza histórica y colonial, y que no proyecta posibilidades de empleo.

36

Foto 2. Mujeres regresando después de un día de “rebusque”



Fuente: Jairo Tocancipá-Falla, 1988.

EL “REBUSQUE”: SOBREVIVIENDO AL ENTORNO COLONIAL Y DE CIUDAD ILUSTRE

El “rebusque” es una expresión popular en muchas ciudades del país para indicar la recursividad de las personas para acceder a los recursos del diario vivir frente a la inestabilidad de unos ingresos fijos para la familia. Esto implica que hombres y mujeres, en su mayoría, tienen que abandonar sus hogares a diario, algunas veces con sus hijos, para desplazarse a la ciudad en búsqueda de recursos monetarios y no monetarios que les aseguren su sostenimiento (ver la foto 2). En una ciudad como Popayán, conocida como la “Ciudad Ilustre” por

su historia oficial, las oportunidades laborales han estado limitadas al entorno del centro y, más recientemente, a otros lugares que han dinamizado aún más la vida económica de la ciudad en los últimos años.

Este nuevo dinamismo ha incorporado a los pobladores de Solidaridad y a otros barrios populares, quienes se desempeñan en una gran variedad de actividades productivas y comerciales. De acuerdo con Onoría, mientras un porcentaje menor (5%) de las personas en el barrio se ocupan como empleados estables de entidades como Cedelca, Cruz Roja, Alcaldía, Gobernación, entre otras, la gran mayoría todavía se dedica al “rebusque”. En particular, esta expresión alude a la dedicación a negocios particulares como la venta de minutos de celular (una nueva actividad que surgió con la expansión tecnológica de estos dispositivos), la venta de empanadas, cacharrerías (venta de “cacharros” o loza común), zapaterías, lavado de ropa, carretilleros (carretas de madera tiradas por caballos y que sirven de transporte de mercados en las plazas), bulteadores (cargan bultos y mercados), venta de chance (sistema de lotería disponible en barrios populares de Colombia), construcción y jardinería, entre otros. Algunos también lo definen como “trabajar en lo que se ofrece”. Un inventario preliminar indica que a la fecha de la visita, en el barrio existen 26 tiendas; 6 sitios de ventas de minutos de celular; 4 tiendas de abarrotes; 5 tiendas de “revuelto” (productos agrícolas y abarrotes); 1 carpintería-mueblería y 10 puestos de chance (1 en el barrio y 9 salen a desempeñar esta actividad en el barrio de La Esmeralda y sus alrededores); 11 lugares de venta de comida en las galerías de Las Palmas y La Esmeralda; 3 ventas de chuzos (trozos de carne insertados en una varita de madera) en el centro; 18 amas de casa dedicadas a hogares comunitarios; más de 150 mujeres dedicadas al lavado de ropa y cuidado de niños, y unas 35 mujeres que trabajan atendiendo en los restaurantes de la ciudad. Junto a esta población que labora activamente en distintos oficios existen 10 personas entre hombres y mujeres que realizan estudios de bachillerato, universitarios y de capacitación técnica, en cursos que ofrece el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA). Al respecto, se reconoce que muchos jóvenes tienen que trabajar, sacrificando así el tiempo para obtener una formación en educación superior. Algunos continúan su proceso de formación interrumpido, en el colegio del barrio vecino del Mirador, en horario nocturno.

Al igual que en el pasado, el “rebusque” sigue constituyendo una actividad fundamental en los modos de supervivencia de la mayoría de las familias del barrio. La gran diferencia con respecto al pasado, hace 26 años, es básicamente el dinamismo de los negocios que se observan en las viviendas y en el barrio

en general. Especial atención merece la venta de celulares y servicio de internet, que no sólo se observa en el barrio sino también a lo largo y ancho de esta comuna. Esta actividad es interesante, por cuanto se trata de una innovación tecnológica que tiene un efecto en los ingresos familiares, pero cuyo impacto social y económico en la economía familiar no ha sido evaluado suficientemente; tema todavía por desarrollar en futuras investigaciones.

Este tipo de cambios –como los observados en las condiciones materiales de las viviendas, la cobertura de servicios básicos (agua, energía, telefonía fija y móvil), el señalamiento de las calles con una nomenclatura establecida por la Oficina de Planeación adscrita a la autoridad municipal, y la permanencia misma del “rebusque” como estrategia de supervivencia familiar– permiten ilustrar la articulación y el eslabonamiento de los pobladores del barrio en el tejido social urbano de la ciudad. Las referencias de una investigación previa, con sus limitaciones, permiten asegurar que muchos de los planteamientos establecidos en el pasado siguen teniendo vigencia, así como se pudieron mostrar nuevos elementos propios de la dinámica social urbana y que no fueron previstos en un primer análisis e interpretación hace 26 años.

38

EL ANTROPOLOGO, LA COMUNIDAD

Y LOS PROCESOS DE IDENTIDAD Y CAMBIO

El interés de los antropólogos por el fenómeno urbano data del siglo XX. Para el caso de Latinoamérica, y en la literatura antropológica ya considerada clásica, aparecen los trabajos de Oscar Lewis (1959-1961) realizados en Ciudad de México; y más cerca de nosotros, específicamente el caso de Popayán, se encuentran los trabajos de los Whitefords (1963 y 1976) y Crist (1950). Si bien Oscar Lewis escribió para una audiencia académica en Estados Unidos, con la traducción de su texto al castellano sus palabras adquirieron mucho sentido para la naciente disciplina antropológica en Colombia. Al respecto, este autor señalaba: “este libro ha surgido de la convicción de que los antropólogos tienen una función nueva en el mundo moderno; servir como estudiantes y relatores de la gran masa de campesinos y habitantes urbanos de los países subdesarrollados [sic], que constituyen casi el ochenta por ciento de la población en el mundo” (Lewis, 1959-1961: 16). Su llamado se ubicaba en el ámbito de un interés convencional de la antropología, en particular la tradición estadounidense, que se enfocaba hacia el estudio de las poblaciones indígenas o distantes social o culturalmente del etnógrafo, el antropólogo o el investigador. Aunque esta tendencia fue similar para el caso de la antropología en Colombia, el interés por el fenómeno urbano no se estableció por una suerte de cansancio y desaparición

del “objeto de estudio”, como los manuales convencionales de antropología solían referirse a los pueblos y grupos humanos en cuestión, sino por la confluencia de distintos factores⁹.

En nuestro caso, el interés inicial por el tema urbano se dio en dos momentos¹⁰. El primero se enmarcó en el creciente interés que tuvo Estados Unidos por América Latina en cuanto a política regional (*cfr.*, por ejemplo, Skidmore, 1998), y que derivó en un interés creciente por ciudades y pueblos que supuestamente mantenían “alguna coherencia cultural, histórica y frecuentemente lingüística” (Wallerstein *et al.*, 1996: 40). América Latina se convirtió así en una región de interés, dada su cercanía, que sólo se volvió más notoria a mediados del siglo XX (Skidmore, 1998), y en particular, por el papel político que Estados Unidos quería desempeñar mundialmente. Esta intencionalidad se vio acentuada por eventos políticos significativos para la región como la Revolución Cubana, cuya respuesta se dio con el acuerdo de Punta del Este, en Uruguay (en 1961), donde se plantearon reformas sociales y económicas para la región. De esta manera, para aquel período los gobernantes de este país necesitaban “conocer y por lo tanto tener especialistas acerca de las realidades actuales de esas regiones, especialmente en el momento en que esas regiones tenían cada vez más actividad política” (Wallerstein *et al.*, 1996: 41). Fue en este contexto que A. H. Whiteford se acercó a ciudades coloniales como Popayán y Querétaro, donde se intentaba conocer y comprender la dinámica de las clases sociales y los procesos de cambio e interacción que se daban dentro de ellas. Se trataba, seguramente, del primer estudio comparativo de esta naturaleza en América Latina. Gracias a esta circunstancia ideológica, contamos hoy con un reporte histórico y etnográfico excepcional de la vida urbana en la ciudad, que por su naturaleza constituye una referencia obligada en la investigación de lo urbano en Colombia y México.

El segundo momento, por un interés en el fenómeno urbano, y que es pertinente para el caso tratado aquí, se dio en el marco de los cambios sociales y urbanísticos que se desarrollaron en la ciudad después del sismo de 1983. Al respecto, en el Departamento de Antropología de la Universidad del Cauca se produjo un número considerable de monografías de grado

⁹ Como antecedente académico, debe anotarse que los primeros departamentos de Antropología creados en el ámbito universitario en el país surgieron en la década de los 1960: Universidad de los Andes (1963), Nacional y Antioquia (1966) y Cauca (1970) (*cfr.* Jimeno, 1990-1991).

¹⁰ Estos dos momentos son referidos para el caso de Popayán. Un ejercicio similar que ilustre la naturaleza de las investigaciones sobre lo urbano en otras ciudades colombianas donde existan programas similares puede arrojar resultados interesantes de comparar (*cfr.* Blanco, en edición).

en el subcampo disciplinar conocido como antropología urbana, referidas básicamente a los asentamientos que se formaron en aquel entonces. En este sentido, se pueden señalar al menos dos fundamentos de la investigación que fueron centrales: el teórico y el metodológico.

ASPECTOS TEÓRICOS DE LA PERSPECTIVA CENTRO-PERIFERIA¹¹

Desde el punto de vista teórico, existen dos ideas centrales que son pertinentes a este estudio de caso: el principio de “retornar la mirada” o el “revisiting” y el enfoque centro-periferia. El “retorno a la mirada” tiene ya una larga trayectoria en la antropología en general. Uno de los primeros ejercicios de este tipo fue la investigación realizada por Robert Redfield (1930) sobre sociedades campesinas: *Tepoztlán: A Mexican Village*. Veinte años más tarde el trabajo es revisado críticamente por Oscar Lewis ([1951] 1963) en su libro *Life in a Mexican Village. Tepoztlán Restudied*. Aunque esta indagación parte más de una idea de verificación de los hechos reportados, marca un hito importante por la idea de revisar y “retornar la mirada” a poblaciones, hechos y circunstancias sociales ya investigados en el pasado. En un trabajo más reciente, *After the Facts*, Geertz (1995) realiza una recapitulación de su experiencia después de cuarenta años. Al respecto, subraya que “lo que podemos construir, si mantenemos notas y sobrevivimos, son relatos en retrospectiva de la conectividad de las cosas que parecen haber ocurrido: patrones encajados después de los hechos” (Geertz, 1995: 3; mi traducción). El “retornar la mirada”, entonces, es una preocupación que nos acontece a muchos por tratar de apreciar qué tanto de lo indagado se ha mantenido en el tiempo, como una expresión social propia con quienes interactuamos. Igualmente, una revisión sobre lo investigado en años pasados nos permite verificar hasta qué punto nuestra apuesta teórica e interpretativa ha sido pertinente, de lo cual podemos obtener importantes lecciones, aunque no deja de generar interrogantes que deben ser contextualizados para el período inicial de indagación.

En segunda instancia está el enfoque o marco analítico centro-periferia, marginalidad urbana y procesos migratorios, entre otros. Este enfoque ha sido uno de los dominios analíticos e interpretativos más apreciados en la década

11 Durante la investigación realizada en los 1970 se relacionaron distintos conceptos como territorialidad, relaciones sociales, vecindad, etcétera. Aquí sólo nos enfocaremos en la perspectiva centro-periferia y en la idea de “revisiting”, las cuales ofrecen una mayor posibilidad de análisis. Los otros conceptos ameritan un estudio más detenido en cuanto a la continuidad y los cambios que se han dado en los últimos 26 años.

de los 1970 y 1980, seguramente derivado de la influencia de disciplinas vecinas como la Economía Política, la Sociología y la Historia. Así, la premisa fundamental de este marco referencial derivó de la economía, asociado con el estructuralismo, que dentro de esta disciplina intentaba “explicar la naturaleza desigual del sistema económico mundial”, desde donde también se planteaban “políticas orientadas a reducir la brecha entre países del centro y aquellos de la periferia” (Kay, 1989: 29; mi traducción; ver también Werz, 1995). En los estudios urbanos, la premisa era que el centro generaba su propia dinámica centrípeta, cuya fuerza ensombrecía otros espacios supeditando a éstos a una relación de dependencia y de relaciones desiguales en cuanto a su importancia social y económica¹². Siguiendo esta discusión, por ejemplo, “estructura social” ha sido uno de los conceptos que más se ha discutido en la Sociología y en la Antropología, en particular en la antropología urbana, y en este caso, “Popayán”¹³. Desde el trabajo de Whiteford, que busca ilustrar el concepto *clase social*, un término no referido a un simple vocablo teórico, hasta los trabajos que surgieron después del sismo de 1983, la idea de estructura social ha estado presente en los análisis de lo urbano, y con ella, las ideas del centro histórico y la periferia aparecen de manera destacada.

En este último caso, el enfoque centro-periferia, que se mantenía como un dualismo estructurante de la vida en una ciudad colonial como Popayán, estuvo presente en el trabajo realizado en Solidaridad, en la fase inicial de indagación. Los trabajos producidos en aquel entonces, al igual que muchos intentan hacerlo hoy en día, apuntaron a destacar y refinar en detalle la naturaleza de tales relaciones desiguales del centro-periferia, atribuyendo estas desigualdades al pasado histórico jerárquico y colonial de la ciudad. Este enfoque se proyectaba a distintos sectores, de lo cual no escaparon los nuevos asentamientos. Hace 26 años, con referencia a Solidaridad y otros barrios, escribimos: “la premisa fundamental es que dicho ‘centramiento’ (como reproducción ideológica) afecta los mismos procesos organizativos y de participación entre los pobladores” (Diario de Campo, 14 de junio de 1988)¹⁴. En el contexto de los asentamientos, nuestras observaciones en el barrio

12 El enfoque de la dependencia también constituyó un modelo explicativo común en las disciplinas sociales en América Latina. Para una síntesis de esta perspectiva, vista no como teoría, ver Werz (1995, especialmente, pp. 115-135).

13 Éste es apenas un ejemplo, y consideramos que el concepto de estructura social no debe ser asumido de manera totalizante y debe superarse en el análisis con otros enfoques analíticos como el de la práctica, entre otros, de lo que significa “hacer ciudad” (cfr. Bourdieu, 1977).

14 Aunque en aquel entonces argumentábamos que la idea de centro-periferia era “inducida por agentes externos” (cfr. Tocancipá-Falla, 1988: 91), se reconoció el papel, consciente e inconsciente, que los actores mismos imponían y adoptaban frente a este enfoque. El trabajo, sin embargo, no abordó en profundidad cómo ocurría este proceso de asimilación, incorporación y/o transformación.

estuvieron guiadas por este enfoque explicativo del centro-periferia buscando tal vez un referente material a tal significación y su relación con niveles de participación comunitaria. De nuevo, y a manera de hipótesis, referimos en aquel entonces: “podría afirmarse que la valoración de centro-periferia antes del terremoto estaba planteada pero que con posterioridad, y con la aparición de los asentamientos, se acentúa dicha relación revalorándose socialmente (por los asentamientos hacia el Estado)” (Diario de Campo, 14 de junio de 1988). La materialización del enfoque al nivel de asentamiento apareció efectivamente referida al “centro” del asentamiento, localizado en la parte “alta”, cerca de la vía principal que conectaba al barrio con el tejido urbano de la ciudad: “en realidad, la gran mayoría de la población reconoce el centro donde se instala el parque, salón comunal, escuelita, y el espacio propuesto para la capilla. Asimismo, tenemos que el primer núcleo poblacional se orientó hacia dicho centro” (Tocancipá-Falla, 1988: 91) (ver la foto 3). La periferia, entretanto, era comprendida como ese sector de “abajo” que era asociado con la gente “pobre”¹⁵ del asentamiento. Se trataba de la gente que se encontraba cerca de la laguna, o la parte inundada, por la cercanía de la quebrada Pubus. Se trataba, según una entrevista realizada a una moradora en aquel entonces, de “la parte de los negros y de la parte de la bloquera [sitio donde se hacían los bloques para autoconstrucción de viviendas financiada por un programa de una ONG que tuvo acciones en el asentamiento-barrio]” (Tocancipá-Falla, 1988: 92). Así, las diferencias sociales y étnicas fueron también referentes que dieron contenido al esquema centro-periferia. Este enfoque, sin embargo, destacábamos en los 1980, no era fijo estrictamente hablando, en cuanto a participación social se refiere, por cuanto grupos de familias también pertenecientes a otro sector de la parte baja, de la “periferia”, aquel orientado hacia “la “bloquera”, eran activos y participaban con tanto interés como aquellos que se encontraban cerca del centro.

Frente a estas observaciones y estos planteamientos conceptuales sobre el “retornar la mirada” y el enfoque centro-periferia, era inevitable preguntarse qué había ocurrido en Solidaridad 26 años después. Durante la conversación con doña Onoria, el tema del centro-periferia volvió a surgir de manera inesperada a través del tema de la inseguridad en el barrio y sus alrededores. Al relatar sobre las áreas difíciles, otra vez la referencia a la parte de “abajo” volvió a revelarse y validarse. Las familias que todavía poseían “ranchitos” seguían localizadas en estos sectores, específicamente aquellos que conformaban las invasiones

¹⁵ El término “pobre”, sin embargo, no es una categoría que opere internamente en el barrio, sino que es relacional en un contexto más amplio, el de la ciudad. La misma persona que mencionaba a los “pobres” de la parte baja en el barrio, al referirse al contexto amplio de la ciudad, dijo: “este barrio es un bien para nosotros los pobres [...] uno pobre donde los ricos no cabe”. Otros referentes de otros moradores también lo confirmaron al hablar de sí mismos (ver Tocancipá-Falla, 1988: 84-103).

reciente e internas en el barrio, Solidaridad II y Lisboa. En cuanto a la participación en las actividades sociales y comunitarias del barrio, siguen existiendo dificultades, aunque muchos barrios, al igual que en el pasado, siguen considerando a Solidaridad como un barrio que hace honor a su nombre, por la colaboración, atención y ayuda que prestan a otras comunidades, e internamente, a las familias que tienen problemas de necesidades sociales.

Foto 3. Salón Comunal: el centro del barrio Solidaridad



43

Fuente: Jairo Tocancipá-Falla, 1988.

En lo teórico, este aspecto de verificar las relaciones centro-periferia mostró que hasta cierto punto es un referente que sigue vigente, pero que en otro sentido debe contrastarse con otras variables y formas de relación que escapan a este enfoque teórico y analítico. Un trabajo más detallado sobre la pertinencia de un modelo sobre otro daría algunas ideas en este sentido. En este orden, el ejercicio de “retornar la mirada” a nuestra experiencia de campo previa constituye un ejercicio promisorio para identificar las continuidades y los cambios y ahondar en los que persisten en el mismo.

CONCLUSIÓN: LOS DESAFÍOS DE LA VIDA URBANA Y SOCIAL

Hemos examinado en este artículo las implicaciones de “retornar la mirada” en una experiencia antropológica iniciada hace 26 años. Al respecto, deseo señalar algunas conclusiones preliminares. En primer lugar, la identificación

de continuidades y cambios en el ámbito urbano (invasión-asentamiento-barrio) aparece de manera notoria y como parte constitutiva de la vida social de la ciudad como un entorno general, el cual se ha visto afectado en las últimas décadas por nuevas políticas urbanas que destacan criterios como sostenibilidad, planificación y equidad. En sus inicios, las “invasiones”, como fueron denominados aquellos asentamientos que se volcaron a la periferia de la ciudad después del sismo de 1983 en la ciudad de Popayán, tuvieron una valoración estigmatizada, como aquellas personas “venideras” y oportunistas que se aprovecharon de la circunstancia para apropiarse de los terrenos. Hay que reconocer que el número de familias sin vivienda era considerable. Antes de 1983, si creemos en las estadísticas del DANE, el número de propietarios escasamente superaba el 50% de las viviendas reportadas, mientras que la otra mitad correspondía a familias que habitaban en arrendamiento y en casas de inquilinato. Ya en 1985, luego del sismo, el número de propietarios crece en un 20% (ver, especialmente, la tabla 2, en Tocancipá-Falla, 1988)¹⁶; aspecto que se destaca en la presencia de los nuevos barrios. A partir de los trabajos académicos que se hicieron tanto antes como después del sismo, se reconoce cómo el lugar de llegada puede convertirse en lugar de tránsito o de asentamiento permanente de familias procedentes del área rural. Frente a estos cambios, es claro que el imaginario basado en la idea de “Ciudad Blanca” es insostenible. La presencia de “otros” en la urbe rompe este esquema estigmatizador, y su persistencia, podría argumentarse, obedece a los efectos del comercio turístico que posibilita la ciudad.

Una segunda conclusión refiere al hecho significativo de que los barrios siguen constituyendo lugares de tránsito pero también de valoración y apropiación social del espacio urbano. Veintiséis años después, también se evidenciaron cambios urbanos reflejados en el hecho de que más del 80% de las familias fundadoras se han desplazado a otros barrios vecinos y otras ciudades. Pero, igualmente, pueden observarse cambios en el entorno, en cuanto a la consecución de servicios públicos, el reconocimiento de Solidaridad como barrio integrado al tejido urbano y el aporte que las familias hacen a través del “rebusque” a la dinámica social y económica de la ciudad, que son ejemplo de ello. Sin embargo, esta integración, también señalábamos, se da en el plano territorial, cuando los pobladores reproducen formas territoriales que aluden a las condiciones del centro de la ciudad, pero también referidas a lo que el barrio puede ofrecer a los mismos pobladores, haciendo honor a su propia

¹⁶ Sería interesante indagar más sobre esta dinámica, a la luz de los eventos recientes que remiten al desplazamiento forzado.

designación de “Solidaridad”, donde, efectivamente, tanto pobladores locales como de barrios vecinos pueden encontrar estas formas de cooperación en un entorno que para el emigrante se torna hostil y difícil. Pero estas identidades no están exentas de conflictos internos en el barrio, como se aprecia en el campo religioso, o cuando llegaban nuevos visitantes a instalarse en las zonas verdes, como ocurrió recientemente con la creación de dos nuevos asentamientos dentro del barrio, Solidaridad II y Lisboa.

Esto nos lleva a una tercera conclusión, referida al aspecto teórico sobre el enfoque centro-periferia: si bien constituyó un modelo explicativo ejemplar en los 1980 sobre la jerarquización del espacio y el modelamiento de los imaginarios y representaciones sociales de aquellos que habitan o comparten el entorno urbano, su extensión en la actualidad puede ser insuficiente al examinar las relaciones e interrelaciones actuales que mantienen los pobladores urbanos en ámbitos locales y más amplios. En un estudio urbano en Nigeria (África occidental), por ejemplo, Hannerz (1992: 232; mi traducción) sostiene el esquema centro-periferia, pero en un ámbito más amplio, al nivel nacional y en un contexto de interrelaciones. Al respecto, sugiere que entre la ciudad mayor y la periferia “existe una red de relaciones dentro de la cual los significados fluyen continuamente, y la cual también involucra una multitud de poblados [...].” Si bien este caso refiere a escalas macro, no es desdeñable su extensión a una escala menor. Desde esta perspectiva, esta anotación deja entrever la importancia de asumir otros enfoques recientes como la Teoría de Actor Red (TAR), que hasta la década de los 1980 apenas se estaba configurando.

Finalmente, los cambios observados en el período durante el cual se hizo el trabajo de campo en Solidaridad no dejan de plantear reflexiones sobre los cambios que se presentan para el mismo observador o investigador, en especial aquellos que se vienen dando en la misma disciplina y las formas de pensar viejos problemas investigativos. “El retornar la mirada” hacia aquellos espacios donde iniciamos nuestros primeros pasos investigativos constituye un escenario de gran valor formativo, no sólo en cuanto a la validación de los hechos, sino, como lo afirma Geertz (1995), de observación respecto a cómo ellos encajan de manera regular a través del tiempo. En este sentido, el ejercicio demuestra el valor que existe en “retornar la mirada” sobre los problemas que en el pasado se nos presentaban de manera persistente, lo cual constituye una oportunidad excepcional para apreciar la forma como nos interrelacionamos con otros; y sobre todo, cómo nuestro esfuerzo por comprender la realidad social puede contribuir en los cambios y transformaciones sociales que demandan los grupos sociales tanto en el presente como hacia el futuro. *

REFERENCIAS

1. Blanco, Darío (en edición). Seis décadas de investigación antropológica urbana en Colombia. En *Antropologías en Colombia: tendencias y debates actuales*, ed. Jairo Tocancipá-Falla. Popayán: Universidad del Cauca.
2. Bourdieu, Pierre. 1977. *The outline of a theory of practice*. Cambridge, Cambridge University Press.
3. Crist, Raymond E. 1950. The personality of Popayán. *Rural Sociology* 15 (1-4): 130-140.
4. DANE. 2005. Censo de Población-Proyecciones. Bogotá, DANE. Dimas, Adrián Serna. 2006. *Ciudadanos de la Geografía Tropical. Ficciones históricas de lo ciudadano*. Bogotá, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
5. Geertz, Clifford. 1995. *After the fact: Two countries, four decades, one anthropologist*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
6. Gros, Cristian. S. f. Popayán dos años después: autopsia de un desastre. Consultado el 14 de julio de 2014 en <http://bibliotecadigital.univalle.edu.co/bitstream/10893/5465/1/Popayan%20dos%20anos%20despues%20Autopsia%20de%20un%20desastre.pdf>.
7. Hannerz, Ulf. 1992. *Cultural complexity. Studies in the social organization of meaning*. Nueva York, Columbia University Press.
8. Jimeno, Myriam. 1990-1991. La antropología en Colombia, *Revista Colombiana de Antropología* XVIII, pp. 53-65.
9. Jones, Edward E. y Andrew M. Colman. 1996. Stereotypes. En *The social science encyclopedia*, ed. A.K.J. Kuper, pp. 843-844. Londres, Routledge.
10. Kay, Cristóbal. 1989. *Latinamerican theories of development and underdevelopment*. Londres y Nueva York, Routledge.
11. Latorre, Salvador Hernández y Zamira Díaz López. (ed.). 2003. *Visiones alternativas del patrimonio local*. Popayán, Alcaldía de Popayán/Fundación La Morada/Universidad del Cauca.
12. Lewis, Oscar. 1959-1961. *Antropología de la pobreza*. México, Fondo de Cultura Económica.
13. Lewis, Oscar. [1951] 1963. *Life in a Mexican Village: Tepoztlán Restudied*. Urbana:University of Illinois Press.
14. Otero, Víctor Paz. 1984. ¿Se reconstruye Popayán? *El Tiempo*, p. 5A. Bogota.
15. Popayán, Alcaldía de. 2002. Plan de Ordenamiento Territorial (2002-2011). O. d. Planeación. Popayán, Alcaldía de Popayán.
16. Redfield, Robert. 1930. *Tepoztlán: A Mexican village*. Chicago, Chicago University Press.
17. Salazar, José. 2012. Fortalecimiento del sistema de ciudades. Instrumentos de planificación. Misión del Sistema de ciudades. Bogotá: DNP. Consultado el 14 de julio de 2014 en [file:///C:/ArchivosJTF/ArchivosJTF/Art%C3%ADculosxpublicar/RevisitingPopayan/zz_2013_sistema_ciudades_Instrumentos_Planificaci%C3%B3n_Jos%C3%A9A9_Salazar.pdf](file:///C:/ArchivosJTF/ArchivosJTF/Art%C3%ADculosxpublicar/RevisitingPopayan/zz_2013_sistema_ciudades_Instrumentos_Plаниficaci%C3%B3n_Jos%C3%A9A9_Salazar.pdf),
18. Skidmore, E. Thomas. 1998. Studying the history of Latin America: A case of hemispheric convergence. *Latin American Research Review* 33 (1), pp. 105-127.
19. Solarte, Benhur Cerón y Marco Tulio Ramos. 2007. *Pasto: espacio, economía y cultura*. Bogotá, Biblioteca Virtual Luis Ángel Arango.

20. Tocancipá-Falla, Jairo. 1988. *Del desarraigo inquilinato a la identidad social asentamiento*. Popayán, Universidad del Cauca.
21. Wallerstein, Immanuel (coord.) Calestous Juma, Evelyn Fox Keller, Jurgen Kocka, Dominique Lecourt, Valentin Y. Midime, Kinhide Mushakoji, Ilya Prigogine, Peter J. Taylor, Michel-Rolph Trouillot y Richard Lee. 1996. *Abrir las Ciencias Sociales. Comisión Gulbenkian para la estructuración de las ciencias sociales*. México, Siglo XXI Editores.
22. Werz, Nikolaus. 1995. *Pensamiento sociopolítico moderno en América Latina*. Caracas, Nueva Sociedad.
23. Whiteford, Michael B. 1976. *The forgotten ones. Colombian countrymen in an urban setting*. Gainesville, The University Press of Florida.
24. Whiteford, Andrew Hunter. 1963. *Popayán y Querétaro. Comparación de sus clases sociales*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Sociología.